

(IX certamen literario para personas mayores U. P. de Talarrubias)

(Modalidad Relato)

EL ABUELO JUAN

El abuelo Juan mordisquea la colilla de tabaco, se apoya con una mano en la cachava mientras arrastra el asiento con la otra.

-¿A dónde va, abuelo?

-A esperar.

El abuelo sale a la puerta de la casa. Se acomoda en el asiento, escupe al suelo y mastica la colilla hasta que parece que se apague entre los labios.

-¿A esperar qué?

-Nada, a esperar.

Por la calle pasa Engracia la de Arturo con la silla y el tabaque, en busca de la sombra de los olmos. Los gorriones no cesan de alborotar entre las ramas y el sol acaricia dulcemente los tejados.

-¿Qué hace, tío Juan?

-Ya ves, aquí, esperando.

-Ahora se está bien.

-Pues no se está mal.

Aquí se está bien, lo acaba de decir la Engracia. Aunque el aire corre tibio, no se nota apenas cómo abrasa el sol y los gorriones cantan en los olmos.

El abuelo mira a lo lejos, carraspea, tose, suelta un salivazo al suelo, y a su mente acuden los recuerdos. Porque los recuerdos son muy traicioneros y empiezan a echársele encima cuando menos los espera.

Después de tantos años, no se aparta de su mente la imagen del hijo muerto.

Ana, la nieta, pasa una y otra vez con la bicicleta. Se detiene frente a él.

-¿Y qué espera, abuelo?

-La muerte, hija, sólo la muerte.

Pero la muerte llega cuando llega. Aunque él sea ya un anciano con miles de años a la espalda que camina despacio apoyado en la cachava, y se siente a esperarla a la puerta de la casa.

El abuelo Juan, mientras piensa en esto, mira a Antonio que pasa por la calle tirando del ramal de la burra, y la burra tirando del carro.

-¿Qué haces, Juan?

-Nada, aquí, ya ves, esperando.

Aquí, como cada tarde, siempre suceden las mismas cosas. Pasa Antonio con su burra y con su carro, pasa la Engracia con el tabaque; y María, la vecina, que pronto saldrá a barrer la calle. Pasará también Julián al volante del tractor. Porque Julián sólo vive para trabajar, condenado a trabajar toda la vida para los hijos que estudian en la ciudad. Trabajar y trabajar, y cuando nos queremos dar cuenta, caminamos apoyados en la cachava.

Los tiempos pasan. Las gentes pasan. Todo pasa. Pero la vida es una compañera fiel y permanece allí días y días, muda, estática, inamovible. Se detiene a su lado y se sienta a hablar con él. Juan se echa la gorra hacia delante para evitar los picotazos de las moscas, cierra los ojos y se pone a charlar con ella. Habla de los tiempos felices, y también de sucesos tristes. Habla de cuando era joven, del día que se casó y del día que recibió la noticia de la muerte del hijo. Porque la vida es ingrata a veces, pero no

queda más remedio que aceptarla como es, y reponerse de los duros golpes que nos da. Y esperar.

María, la vecina, sale a barrer la calle.

-Hola, Juan.

-Hola María. ¿Venga, a barrer la calle?.

-Sí, a barrer la calle. Te estás quedando dormido.

-Pues sí, mira, me estoy quedando dormido.

El reloj del campanario da las siete. Juan se despereza un poco, levanta la cabeza, mira al cielo. Los rayos del sol dan cada vez más inclinados en la torre de la iglesia, alargando las sombras sobre la plaza.

Ana pasa con la bicicleta otra vez frente al abuelo.

-Abuelo, abuelito, abuelo.

Amanda se asoma a la ventana.

-Vamos, Ana, deja en paz al abuelo.

Y el abuelo recuerda que cuando era niño se tenía más respeto a los ancianos. Las calles eran de tierra y no estaban asfaltadas, y no había coches, y jugaban en las calles entre los perros y las gallinas sueltas que picoteaban hierbas, y pasaban los burros y las mulas, y no había tractores, y las mujeres traían el agua de la fuente de la plaza.

El sol da de lleno en la pared de la iglesia y en las bardas del corral de la Venancia. Contempla como vuelan por el aire los vencejos, los tordos se posan sobre la veleta y surcan el cielo algunas golondrinas. La tarde declina. Otra vez pasa la Engracia con el tabaque bajo el brazo, y María con la escoba que sale a barrer la calle. Pasa Julián con el tractor, y Juan murmura algo entre dientes, refunfuñando, maldiciendo.

Por la calle llega un anciano que anda despacio apoyado en la cachava. Es Ramón el de la Aurelia.

-¿Cómo va, Juan?

-Mal, Ramón. ¿Y tú?

-Pues no va mal. Tirandillo.

-¿Qué haces?

-Ya ves. Pasando el tiempo.

-Hace buena tarde.

-No está mal. Anda, siéntate aquí, liemos un cigarrillo y charlemos un rato.

Y dirigiéndose a la niña.

-Ana, dile a tu madre que le saque un asiento al tío Ramón.

Amanda sale con la silla, se la ofrece a Ramón, y le dice que lo encuentra muy bien, que es bueno eso de andar y que a ella le gustaría que Juan saliera más por ahí a caminar y a distraerse.

-Es que desde lo del hijo, se me quitaron las ganas de vivir.

Ramón se sienta, saca la petaca y lía un cigarrillo. Charlan. Hablan del tiempo, o de sus cosas de antes, o de lo que siempre se habla cuando no se tiene nada que decir: que allí ahora se está bien, que el sol está ya muy bajo o que los tordos y los vencejos rondan la torre de la iglesia. Fuman. El humo asciende hacia el cielo. Ana deja la bicicleta y juega con las muñecas. Y los dos miran a la niña. Piensan que ellos también fueron niños una vez. La Engracia recoge la costura y se entra en casa. Y ellos carraspean, tosen, suspiran, escupen al suelo junto a las alpargatas y hablan otra vez de recuerdos, de muertos y de cosas pasadas. Dicen que no son nada, que estorban en todas partes y que a los viejos ya nadie los quiere.

El sol se ha ido ya casi del todo. Pronto oscurecerá, y se encenderán las luces de las calles, y se encenderán también las estrellas en el cielo, y Juan las mirará, y pensará otra vez que allí le está esperando el hijo muerto, y recordará, y a sus ojos acudirán algunas lágrimas.

Ramón se despide, dice que antes de irse a casa pasará por el bar a echar un trago, y Juan le contesta que él va poco por el bar.

-Ya sabes, desde lo del hijo.

Se despiden hasta el día siguiente. Juan mira cómo Ramón se marcha calle adelante andando muy despacio, torpemente.

En esto, Amanda le pregunta a Juan si quiere cenar ya. Y Juan dice que sí.

Y el abuelo Juan se levanta del asiento, mordisquea la colilla de tabaco, se apoya con una mano en la cachava mientras arrastra el asiento con la otra y entra en casa murmurando que ya no se puede estar en la calle, que el verano está acabando y hace fresco por las tardes.